



## Misa Crismal del año 2019

En el texto de Isaías contemplamos al profeta “*ungido y enviado*” por el Espíritu, en medio de su pueblo, cercano a los pobres, enfermos y prisioneros, para darles el consuelo, la salud y la libertad del año de gracia del Señor, y hacerlos de nuevo “*Sacerdotes del Señor*” y “*Ministros de nuestro Dios*”.

En el Salmo 88, la cercanía y protección de Dios a su ungido David a lo largo del tiempo toma el nombre de fidelidad. Y David la reconoce como misericordia.

El Apocalipsis nos acerca al Señor, que viene siempre de nuevo en persona, porque es el todopoderoso principio y fin de todo lo creado. La alusión a que lo verán “*los que lo traspasaron*” nos hace sentir que siempre están a la vista de todas las llagas del Señor resucitado, que “*nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre*”.

En el Evangelio contemplamos al Señor a través de sus paisanos, pobres y privados de libertad, que tenían los ojos “*fijos en él*” (Lc 4,20), pero ciegos para ver y acoger la gracia del Señor, que les ofrece diciendo: “*Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír*” (Lc 4,21). Nosotros sí le reconocemos como el “*ungido*” por el Espíritu y “*enviado*” para anunciarnos el Evangelio de la gracia del Señor.

Esta Palabra de Dios, y los signos que la hacen presencia de gracia en esta celebración, nos remiten a la unción por el Espíritu y al mismo Espíritu Santo como actor principal en la historia de salvación de cada uno de los llamados a la fe y al seguimiento de Jesucristo. Esta celebración es para cada uno de nosotros memoria viva y alegre de nuestra inserción personal en el misterio pascual de Jesucristo. Somos los “*ungidos*” por el Espíritu del Señor como “*reino y sacerdotes para Dios, su Padre*” (Ap 1,6). Y participamos de la unción de Jesús, el Cristo de Dios, que nos capacita por el bautismo, la confirmación y la eucaristía para seguirle y continuar su misión de testimonio del Evangelio.

De forma especial, los presbíteros hemos sido **ungidos** en nuestra ordenación sacerdotal con la fuerza del Espíritu Santo y **enviados** para anunciar el Evangelio, santificar y apacentar al pueblo santo, como expresión de amor al Señor (cf. Jn 21, 15-17).

La unción del Espíritu y el envío a la misión nos llama a todos, fieles cristianos y presbíteros, a revivir la escena del primer encuentro del Resucitado con sus discípulos al anochecer del primer día de la semana, es decir, a volver a la experiencia de alegría, paz, perdón de los pecados y envío a la misión por la acogida del Espíritu Santo de la Pascua primera y de Pentecostés (cf. Jn 20, 19-23), que se hace actual en cada celebración de la Eucaristía.



Carlos López Hernández

La Eucaristía es el principio y causa de la edificación de la Iglesia. “Cristo mismo, en el sacrificio de la cruz, ha engendrado a la Iglesia como su esposa y su cuerpo. Los Padres de la Iglesia han meditado mucho sobre la relación entre el origen de Eva del costado de Adán mientras dormía (cf. Gn 2,21-23) y de la nueva Eva, la Iglesia, del costado abierto de Cristo, sumido en el sueño de la muerte: del costado traspasado, dice Juan, salió sangre y agua (cf. Jn 19,34), símbolo de los sacramentos. El contemplar `al que atravesaron´ (Jn 19,37) nos lleva a considerar la unión causal entre el sacrificio de Cristo, la Eucaristía y la Iglesia” (Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis* 14. En adelante SC). El origen es Cristo que se entrega en el sacrificio de la cruz. Y la Iglesia vive de este sacrificio, hecho presente de forma continuada en la Eucaristía. Por ello, la Iglesia vive de la Eucaristía.

Así pues, la Eucaristía es Cristo que se nos entrega y nos edifica continuamente como su cuerpo. Por tanto, la Eucaristía da vida y edifica de forma permanente la Iglesia; y la Iglesia, a su vez, celebra la Eucaristía y hace presente en ella a Cristo muerto y resucitado. La Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en la Eucaristía precisamente porque el mismo Cristo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la Cruz. (cf. SC 14). Por esta íntima relación entre Eucaristía e Iglesia, afirmó la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Liturgia que “la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (n. 10).

En la Eucaristía el Señor va al encuentro del hombre, le acompaña en su camino y se hace comida para su hambre de verdad y libertad. Jesucristo es la verdad en persona (cf. Jn 14,6) y su Eucaristía es el alimento de la verdad última y definitiva que anhela en sí mismo todo hombre. En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la **verdad del amor**, que es la esencia misma de Dios, e interesa a cada hombre creado a su imagen y semejanza (cf. Gen 1, 27). Por tener su fuente de vida en la Eucaristía, la Iglesia tiene la misión ineludible de anunciar a todos, “*a tiempo y a destiempo*” (2 Tm 4,2) que “*Dios es amor*.” (cf. SC 1 y 2).

Cuanto más viva e intensa es la fe y la celebración de la eucaristía de las comunidades eclesiales, mayor y más profunda es la participación de los fieles en las celebraciones y en todas las dimensiones de la vida y misión apostólica eclesial, “a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos” (cf. SC 6).

La Eucaristía ha de abarcar todos los aspectos de la vida cristiana, transfigurándola hasta alcanzar progresivamente una naturaleza integralmente eucarística, a imagen del Hijo de Dios. Todo lo que hay de auténticamente humano encuentra en la eucaristía la fuerza y el camino para ser vivido en plenitud. Se manifiesta así todo el valor humano y cristiano de la **verdad del amor ofrecida como don en la Eucaristía**. El culto eucarístico agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda esclarecido al ser vivido en comunión con Cristo y como ofrenda de amor a Dios y a los hermanos. Y esta forma de celebración y existencia eucarística es, incluso visiblemente,



fuerza y aliento creativo para la renovación misionera en todas las dimensiones y tareas que nos ha señalado nuestra Asamblea diocesana. Por el contrario, la autenticidad de nuestra pastoral eucarística queda cuestionada por la debilidad de nuestro impulso apostólico en unos ámbitos acostumbrados, y por su casi ausencia en otros muy relevantes para el futuro de la fe cristiana, pero tan urgentes como difíciles, por su novedad y por las contrariedades a superar en el actual clima cultural. Precisamente por ello, hemos comenzado la aplicación de las orientaciones de la Asamblea con propuestas de renovación de la pastoral de la Eucaristía y del Domingo.

En esta celebración, al bendecir y consagrar los signos sacramentales para nuestra próxima misión apostólica, y al renovar nuestras promesas sacerdotales, suplico al Señor, junto con los presbíteros y todos los fieles religiosos y laicos presentes, la gracia de la renovación de nuestras celebraciones eucarísticas, para que sean fuerza de nueva edificación de las comunidades, fuente de impulso apostólico y de acompañamiento espiritual, meta que ilumine y atraiga las búsquedas de los insatisfechos, así como referencia luminosa para los que realizan sus procesos de iniciación cristiana y, más en general, para los jóvenes a los que el Sínodo reciente y el Papa Francisco nos han invitado a anunciar: “**¿Cristo vive y te quiere vivo!**”

**Cristo, por amor, se entregó para salvarte.** Sus brazos abiertos en la Cruz son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo del amor. Ese Cristo, que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, sigue salvándonos hoy. Él nos perdona y nos libera gratis. Mira su Cruz, aférrate a Él, déjate salvar. Porque **¡Él vive!** Contempla a Jesús feliz, desbordante de gozo. Alégrate con tu Amigo que triunfó. **¡Él vive!** Y podrá estar presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. **¿Cristo vive y te quiere vivo!** Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas envejecido por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza. Así no habrá nunca más soledad ni abandono. Aunque todos se vayan, Él estará y te llena con su gracia, te libera, transforma, sana y consuela. Él es la garantía de que el bien puede hacerse camino en tu vida. Él derrama en tu vida su Espíritu como un manantial de la mejor juventud. Y su Espíritu te convierte en testigo alegre del que vive y da vida para siempre.

Sólo Jesucristo, con su Espíritu, y, en el mejor caso, con el humilde, cercano, misericordioso y paciente acompañamiento espiritual de un discípulo adulto en la fe, podrá ir conduciendo a los adolescentes y jóvenes a la experiencia de la **verdad del amor eucarístico misionero** y a su realización concreta en la oración personal, la vida cristiana, y los sucesivos sacramentos de la iniciación. La eucaristía está al final del proceso, no al principio. Muchos presbíteros tenemos que aprender a renovar, complementándolo, algo de lo que nos enseñaron y hemos practicado de forma preferente: decir misas para todas las circunstancias de la vida de un pueblo ya básicamente evangelizado. Ahora hay que recorrer un largo camino, desde el primer anuncio, hasta llegar a la relativa madurez de fe que capacite para celebrar la eucaristía. La eucaristía es fuente para los evangelizadores, para los discípulos misioneros; para un



Carlos López Hernández

número creciente de catequizandos sin propia iglesia doméstica y, sobre todo, para los “buscadores” desde el desierto de la increencia, la eucaristía es generalmente meta final y patria espiritual prometida, acaso intuita y pregustada en algún espacio de oasis.

Para esta nueva forma de iniciación cristiana es necesaria en los evangelizadores la cercanía misericordiosa y humilde; la cercanía como expresión de fidelidad y de la verdad del amor, que configura la propia vida y la vincula con la del prójimo; esta cercanía es una clave fundamental de la vida evangélica y, por ello, es también decisiva en el proceso de la evangelización; la cercanía evangélica es “samaritana” y capaz de superar distancias, refleja la pedagogía de la encarnación y prepara el camino hacia la inculturación en la nueva cultura de los jóvenes.

Estamos en un tiempo propicio para ejercitar estas actitudes en la evangelización de los adolescentes y jóvenes con el estudio y puesta en práctica de las orientaciones de la Exhortación *Christus vivit* y de las nuevas Normas diocesanas sobre las Cofradías, cuya aplicación corresponderá a la Delegación de Apostolado Laical, de muy inminente renovación.

La institución de la Eucaristía anticipa la misión de Jesús, que parte del corazón de Dios y se dirige a todos los hombres. Así pues, una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera que ofrece al mundo lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás (cf SC 84).

Cuanto más vivo sea el amor por la Eucaristía en el corazón del pueblo cristiano, tanto más clara tendrá la tarea de la misión: *llevar a Cristo*. Ofrecer el don de su misma Persona, no sólo una idea o una ética inspirada en Él. Por tanto, la exigencia de educar constantemente a todos al trabajo misionero, cuyo centro es el anuncio de Jesús, único Salvador, surge del Misterio eucarístico, creído y celebrado.” (SC 86).

Catedral Vieja, 17 de abril de 2019